



## María Rosa Lida, Borges y una cita inexistente de Lucrecio: filología y auctoritas

Rubén Florio

To cite this article: Rubén Florio (2017) María Rosa Lida, Borges y una cita inexistente de Lucrecio: filología y auctoritas, *Romance Quarterly*, 64:2, 87-98, DOI: [10.1080/08831157.2017.1289057](https://doi.org/10.1080/08831157.2017.1289057)

To link to this article: <http://dx.doi.org/10.1080/08831157.2017.1289057>



Published online: 30 Mar 2017.



Submit your article to this journal [↗](#)



Article views: 2



View related articles [↗](#)



View Crossmark data [↗](#)

## María Rosa Lida, Borges y una cita inexistente de Lucrecio: filología y *authoritas*

Rubén Florio

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina

### ABSTRACT

In 1952, María Rosa Lida de Malkiel published a work in *Sur* magazine about the literary sources of Jorge Luis Borges. In the second paragraph of that work she relates a passage from one of the Argentine's stories with a verse from the *Aeneid* and, later on, two verses of the poem "Las calles" with some others from Lucretius' work *De rerum natura*. In both cases, she cites the number of the book and verse of the Latin poets. The one referring to Virgil is correct; however, Lucretius' verses are apocryphal. In this work, I analyze the reasons the eminent philologist could have had to carry out tremendous artifice and, at the same time, the objective and personal qualms that, during the revision, produced the *authoritas* of her figure.

### KEYWORDS

Apocryphal quote; *authoritas*; Borges; Lida, Lucretius

A principios de 2010 comencé la exploración sistemática y primera redacción de un trabajo sobre Lucrecio y Borges, donde me proponía mostrar algunas de las incontables estadias en que la voz del escritor romano había reaparecido desde su primera emisión; en particular, intentaba señalar las recuperaciones que el argentino podría haber conocido de Lucrecio, cuando lo asume, conscientemente, como parte de su acervo poético.<sup>1</sup> Había iniciado esta tarea de búsqueda muchos años antes, con anotaciones dispersas, algunas tan solo en mi memoria, cada vez que descubría el porvenir del romano en una frase, en un verso o comentario, abierto o lateral; a veces, hasta registrando un aliento sumamente cercano, que, no obstante, ni siquiera había tomado un solo sintagma de su poema.<sup>2</sup>

Cuando consideré que había reunido un importante número de ejemplos, se me ocurrió hurgar en Google, combinando los nombres de Lucrecio y de Borges. Una de las respuestas del buscador me llevó hasta un trabajo de María Rosa Lida de Malkiel, publicado en la revista *Sur*, más precisamente, el número 213–214, julio-agosto, de 1952, entre las páginas 50–57, bajo el título: "Contribución al Estudio de las Fuentes Literarias de Jorge Luis Borges." El segundo párrafo de este trabajo dice como sigue:

Un infinito acercamiento rectilíneo es un ensueño de austera elegancia griega. En ésta, como en cualquier otra manifestación de vida, el azar interviene para transformar la recta ideal en arabesco de diseño simétrico a distancia, sutilmente variado de cerca. Ahí están las obvias simetrías: vacilantes paralelismos (Franz Kafka, Isak Dinesen) y menudas coincidencias (*El aleph*, pág. 12: "desnudo en la ignorada arena", la *Eneida*, V, 871: *nudus in ignota, Palinure, iacebis harena*). Coincidencias que ni son muestra de pereza ni de admiración huera: no es sino que el escritor reciente –Borges frente a Virgilio, Virgilio frente a Homero– juzga frívolo variar lo ya perfecto y, al trasladarlo intacto a la lengua materna, revela al lector que había pasado distraídamente por el original, su desatendida belleza. Lo mismo dígase de la "honda visión" de *Las calles* de Buenos Aires, "hecha de gran llanura y mayor cielo", que en Lucrecio, VI, 1287 y sig. suena:

*conspectum altumque uidebit  
latis aequoribus factum, latioribu' caelis.*

Me interesa otro género de acercamientos.

En aquella frase: “Lo mismo dígame de la ‘honda visión’ de *Las calles* de Buenos Aires”, María Rosa relaciona versos de uno de los poemas del primer Borges<sup>3</sup> con versos pertenecientes al último libro de *De rerum natura* de Lucrecio; más precisamente, según Lida, “la honda visión”, lleva hasta *conspectum altumque*, y “hecha de gran llanura y mayor cielo”, hasta *latis aequoribus factum, latioribu’ caelis*.

Acostumbrado a recorrer las obras de distintos poetas de la literatura latina clásica (Virgilio y Lucrecio, sobre todo), los dos versos citados me ‘sonaron’ de inconfundible factura lucreciana; pero, por la numeración apuntada (1287 y sig.), me extrañó lo que consideré como cierre del libro VI de *De rerum natura*. No es que hubiera exhumado, de repente, los hexámetros latinos con el tema del final del poema (digno de ser retenido por su patética gravedad); fueron los números de esos versos, los que, de manera automática, atrajeron mi atención, recordándome que se encontraban al final o muy cerca del final del poema de Lucrecio, porque sabía muy bien que sus distintos libros son un poco más largos que los de la *Eneida*, y rondan los 1200 versos; más de 1400, tan solo el V.

Casi de inmediato, esta percepción instintiva, aunque sustentada en las asiduas consultas de distintos pasajes, desencadenó otra, de estrecha conexión. También sabía y sé muy bien que los poetas de todos los tiempos se esfuerzan por imprimir un sello individual en los inicios y finales de sus obras, intentando lograr su repercusión-evocación por medio de la sonoridad y por la marca semántica; aspecto bien conocido y estudiado en la literatura de la Antigüedad clásica, por lo menos. A su vez, este esfuerzo de aquellos autores repercutía en la memoria de quienes frecuentamos sus obras, desde entonces hasta nuestros días; quiero decir que muchos de nosotros solemos recordar de memoria esos inicios y finales, además de otros versos memorables.<sup>4</sup> En la obra de Lucrecio, en particular, si, por su cadencia, hermosa y buscada resonancia, semántica y sonora, a cualquier estudiante se le ha grabado en la memoria y recita, sin inconveniente, el famoso verso inicial del poema, *Aeneadum genetrix, hominum diuumque uoluptas*, donde destaca el alumbramiento de la vida en la naturaleza, esos mismos estudiantes han escuchado de sus profesores que el poema se cierra con una antagónica descripción de la muerte (inspirada en la peste de Atenas, 430 a C.), como bien conviene a la ideología de un epicúreo. Pues bien, esos versos citados por Lida, versos que yo suponía debían estar al final o muy próximos al final del poema, no tenían esa impronta de cierre; menos aun, el espíritu tan intensamente evocativo de la muerte, cuya terrible descripción se había esforzado Lucrecio por transmitir con trazos gruesos e indelebles.

A esta suerte de inicial alerta, se sumó otro detalle, del ámbito de la estructura poética. La prolongada frecuentación de las obras de la literatura latina clásica y de su variada bibliografía, en la que se encuentran los tratados y trabajos críticos sobre métrica y estilística,<sup>5</sup> llevaron mi atención hacia *aequoribus* y *lterioribu’*, términos de varias sílabas; sobre todo, el último, de cinco. Al recitarlo, ‘nuestro’ oído no percibe ninguna anomalía; en el hexámetro completo (*latis aequoribus factum, lterioribu’ caelis*), la sonoridad de su cadena vocálica no solo reitera la buscada armonía del hemistiquio previo (*conspectum altumque uidebit*), es, incluso, de gran factura eufónica, gracias a la combinación de sonidos similares en la mayoría de sus tiempos fuertes. Sin embargo, sabemos que los poetas clásicos intentaban eludir los sustantivos comunes de más de tres sílabas, por distintos motivos: privilegiar la fluidez rítmica, evitando todo entorpecimiento de la pronunciación en el *cursus* del hexámetro dactílico, y prevenir la dificultad concurrente de combinar las sílabas breves y largas, por las escasas variantes que consiente la estructura rítmica de ese verso. De hecho –como comprobaría luego–, en ese caso y número, el primero, *aequoribus*, no aparece jamás en las obras de Enio, Catulo y Virgilio; muy raramente, en la de Horacio (2), la de Tibulo (1), la de Propertio (3) y la de Ovidio (2). El segundo, *lterioribu’*, no tiene registro en la poesía latina clásica.<sup>6</sup> Ambos, jamás en la de Lucrecio, si exceptuamos el dudoso asiento de Lida. Un dato adicional de importancia: en la cita de Lida la cantidad original de *latis*, de naturaleza larga, está modificada en su segunda aparición: *lätioribu’*. No existiendo razones para la abreviación de la sílaba, puede afirmarse que quien compuso este verso carecía del ‘oído’ de un romano del siglo I a C.

Estos indicios me indujeron a revisar los últimos compases de *De rerum natura*. Para mi sorpresa, esos versos no estaban donde Lida decía que estaban, porque, para peor, el poema concluía en el verso 1286. La edición que consulté fue la canónica, de C. Bailey, Oxford, Oxford UP, 1947, en tres tomos. No había posibilidad de error, pero, por las dudas, acudí también al exhaustivo *Commentaire Exégétique et Critique*, que, de la obra de Lucrecio, publicaron L. Robin y E. Meillet, Paris, Les Belles Lettres, 1962<sup>2</sup>

(1ª. 1925), en tres tomos. No había rastros de ese hemistiquio, seguido por un hexámetro completo, citados por Lida.

Supuse que podría tratarse de dos versos que, en algún momento, habían formado parte del cuerpo del poema, pero que, después de alguna revisión filológica, habían pasado al aparato crítico. Perplejo, comprobé que tampoco estaban en el aparato crítico. Se trataría –pensé– de versos que se encontraban en otra parte del poema, y que Lida, habituada a citar de memoria,<sup>7</sup> había equivocado su ubicación. Pronto descubrí que los dos versos no pertenecen al poema de Lucrecio. Finalmente, consideré que le pertenecerían a algún otro poeta latino y que la rigurosidad de Lida había sufrido un disculpable *qui pro quo*. Hasta donde pude hurgar con los modernos buscadores de la literatura latina antigua, tardoantigua y medieval,<sup>8</sup> a ningún poeta de esos períodos se le puede adjudicar la autoría de los versos en cuestión.

Decidí, entonces, recorrer los números posteriores de la revista *Sur*, hasta el último aparecido; quizás, Lida se había rectificado de este yerro, antes de su temprana muerte, en 1962, o, luego, algún colega hubiera publicado alguna nota al respecto. No encontré ningún comentario sobre la cita comparativa con Lucrecio.

Frente a esta encrucijada, y verdaderamente intrigado, lo primero que se me ocurrió fue que, por algún insondable vericuetto de su cerebro, Lida había inventado esos versos de manera magistral, porque, incluso, tenían el espíritu y cadencia intransferibles del estilo compositivo de Lucrecio, ¡y en hexámetros dactílicos! ¿Por qué no? Lida dominaba el griego y el latín con soltura; pertenecía a una generación que podía conversar y escribir, sin dificultad, no solo en varias lenguas modernas, sino también en alguna de las lenguas clásicas.<sup>9</sup> Sin embargo, por más magistral que hubiera sido su “invento” (en el sentido etimológico), Lida no era escritora de ficción, sino rigurosísima filóloga, implacable a la hora de juzgar los aciertos, debilidades y omisiones de sus colegas.<sup>10</sup> Si esos versos los hubiera inventado Borges, no nos asombraríamos y sabríamos cómo justificarlos.<sup>11</sup> En el caso de Lida, las posibilidades de explicación se restringían notablemente, casi a cero; además, no recordaba ejemplo similar en algún otro momento de su producción.

Por lo tanto, y guiado por el recuerdo de las bromas borgeanas, concebí una primera suposición: “Lida se propuso compulsar el conocimiento de los lectores cultos de su época sobre la obra de Lucrecio, una de las menos conocidas –por distintos y cambiantes motivos– de la literatura latina en todas las épocas y, particularmente, en la primera mitad del siglo XX.”<sup>12</sup> La ausencia de nota al respecto, por parte de algún investigador, pareció confirmar esta suposición; también, la reaparición de ese paralelismo, que relacionaba los versos de Lucrecio y los de Borges, en trabajos críticos de otros investigadores. Auxiliado por uno de mis discípulos, Gabriela Marrón, hallamos dos en los buscadores de internet (luego, verificados en las ediciones impresas)<sup>13</sup>: uno, perteneciente al libro de María Luisa Bastos, *Borges ante la Crítica Argentina, 1923–1960*, Buenos Aires, Hispamérica, 1974, donde, en la página 199, se inscribe el comentario de María Rosa Lida sobre el ‘acercamiento’ Borges-Lucrecio, tal como había aparecido en *Sur*, sin ningún tipo de observación sobre la legitimidad o falsedad de los versos lucrecianos. El otro, perteneciente al libro de Michel Lafon, *Borges ou la réécriture*, Paris, Seuil, 1990, donde, en la página 112, reaparece el pasaje de Lida, también, sin ninguna clase de observación al respecto. Es más, Lafon se refiere al hallazgo de Lida como *décryptage* de un verso del poema “Las calles.”

En ambos casos, seguramente, el viejo género de las *Auctoritates*, reflejado en el prestigio canónico de Lida, pesó a la hora de registrar, sin comprobación de certeza, un antecedente que avalaba el tema tratado. Bien sabemos que el conocido “Criterio de Autoridad”, juicio de un famoso autor en cualquier disciplina, suele, por un lado, prestigiar a quien lo reproduce y, por el otro, actuar como norma por antonomasia, axioma irrefutable, dogmático e hipnótico, como lo comprobamos en cada uno de los congresos de humanidades y de otras disciplinas. El procedimiento es simple y efectivo: basta citar, como respaldo de confrontación autorizada, el nombre emblemático del candelero crítico del momento –casi siempre extranjero–, sin importar ni el tema ni el área de conocimiento; en Argentina, hace tiempo, fue Freud; luego, fueron Cassirer, Lacan, Bajtín, Derrida, Bourdieu, Barthes, Benjamin; el más reciente es Foucault.

Un detalle más, menor, pero no desechable: al consultar en internet por la reaparición de los versos transcritos de Virgilio y de Lucrecio, se encuentran varias páginas para los de Virgilio (empezando por

su poema), en ensayos de investigación, de distintos idiomas, que los comentan; en cambio, solo dos resultados para los de Lucrecio, los de los críticos antes apuntados. Ni una sola vez el resultado lleva hasta Lucrecio. Por distinta vía, esas diferencias confirman la inexistencia de los versos de Lucrecio en su obra.

Supongo que habrá unas cuantas recuperaciones más de la evocación de Lida, en algunos otros ensayos sobre Borges. Sea como fuere, a pesar de esos dos testimonios, después de reconsiderar la escrupulosidad de Lida a lo largo de toda su carrera, terminé desechando la primera de las suposiciones a que arribé –*mise en abyme* muy del gusto de Borges, pero no de un filólogo.<sup>14</sup> No se trató de un capricho o irracional impulso. Asumí esta decisión luego de reflexionar sobre la exactitud de Lida con respecto a la cita inmediatamente precedente, *Eneida*, V, 871: *nudus in ignota, Palinure, iacebis harena*. Si había citado o no de memoria ese pasaje en latín, el número de libro y de verso, si los había verificado o no con el original virgiliano en la mano, ese registro era testimonio relevante de su escrupulosidad y tornaba más incomprensible que, unos pocos renglones después, asentara uno de Lucrecio que no podía encontrarse en ninguna parte de la obra de Lucrecio ni en la de ningún otro autor latino. Se trataba de un contraste, decididamente, muy pronunciado. Pero –repito e insisto– lo más desconcertante de esa arreglada fuente lo constituía el hecho de que armonizaba a la perfección con los versos de vaciado, los de Borges, en una relación que, a primera vista o audición, ‘sonaba’ directa y hasta buscada por el poeta argentino; también, el hecho de que era paralela a la comparación precedente, entre un pasaje de *El aleph* y el último verso del libro quinto de la *Eneida*, descubiertas, ambas, por la disciplinada memoria profesional de María Rosa Lida.

En tren de suposiciones de extrema sutileza, podría llegarse a considerar que Lida citó con justeza el pasaje de la *Eneida*, porque se trataba de una obra bien conocida por el público culto de la época, y que esa correcta cita le había permitido, ‘distraídamente’ (el término no parece ser gratuito en el trabajo de Lida), hipnotizar a sus lectores, para introducir, en sordina, la de Lucrecio, poeta bastante desconocido –como ya señalamos– a lo largo de la tradición occidental. Con todo, tal estratagema convenía más a las ficciones y artificios de Borges que a la rigurosidad filológica de Lida.

Con el paso de los días, y a medida que aguzaba el foco de mis meditaciones (en el sentido latino cristiano) sobre el tema, comenzó a inquietarme el inicio del párrafo en que se encuentra la problemática asimilación:

Un infinito acercamiento rectilíneo es un ensueño de austera elegancia griega. En ésta, como en cualquier otra manifestación de vida, el azar interviene para transformar la recta ideal en arabesco de diseño simétrico a distancia, sutilmente variado de cerca.<sup>15</sup>

La primera frase parecía convenir con justeza a la cita de la *Eneida*; la segunda, a la de Lucrecio. “Acercamiento rectilíneo” bien atañe al verso virgiliano; en cambio, la intervención del azar, transformando la recta (rectilíneo, en la anterior) en arabesco de diseño simétrico (que no significa ‘igual’), “sutilmente variado de cerca”, parece informar de la subrogación en la cita de los versos inexistentes de Lucrecio. Noté, también, que el eco preciso entre el verso del libro V de la *Eneida* y el pasaje de Borges era asimétrico, porque había justeza en la cita del verso virgiliano, pero Lida omitía asentar que “desnudo en la ignorada arena” no pertenece al cuento “El aleph”, que cierra el libro homónimo, sino a otro relato del mismo libro, “El inmortal.”

Dos preguntas me asaltaron; la primera –múltiple–, referida a esta asimétrica resonancia: ¿estaba Lida jugando con la memoria de sus lectores o tan solo apelando a ella, o daba por sentado que sus lectores recordaban de memoria el pasaje y el cuento en el que estaba incluido? ¿Era este el primer guiño de un juego que, en el caso siguiente, la cita de Lucrecio, se acrecentaría hasta la falsedad? Una cita posterior (referida a uno de los himnos de Prudencio) parece echar por tierra este segundo presupuesto y confirmar el primero.<sup>16</sup>

La segunda pregunta se refería a la relación que evocaba los versos inexistentes de Lucrecio: ¿era posible que la extraordinaria cultura de la eminente filóloga se hubiera permitido esa broma, anunciada en delicado juego de palabras (“el azar interviene para transformar la recta ideal en arabesco de diseño simétrico a distancia”)? Mi memoria de su obra, mi formación o deformación profesionales se resisten, todavía hoy, a aceptar la lógica de este increíble razonamiento y de esa faceta lúdica de María

Rosa, desconocida para mí. He preferido creer que esas coincidencias se debieron al fortuito fruto de la casualidad, ese ¡azar! que, justamente, inicia la, para mí, misteriosa frase. La autoridad canónica que representa Lida me coarta una contundente declaración de falsedad con respecto a esos versos ficticios de Lucrecio.

En un último intento por esclarecer este intríngulis, acudí a la última edición de las obras completas de Borges, edición crítica de Rolando Costa Picazo e Irma Zangara. Una recóndita esperanza me estimulaba: que, en el poema “Las calles”, los editores hubieran apuntado algún comentario sobre el pasaje que Lida remitía a Lucrecio. Solo obtuve una nueva decepción: ninguna nota al respecto. No obstante, y por fortuna, habían asentado las variantes que, en sucesivas ediciones, Borges había producido de palabras, sintagmas, versos enteros, cambiándolos, suprimiéndolos o añadiendo nuevos. Los versos en cuestión habían sufrido modificaciones: del original, de 1923: “la honda visión / hecha de gran llanura y mayor cielo”, Borges pasó a una reescritura, registrada en esta edición de 2007: “la honda visión / de cielo y de llanura.”<sup>17</sup> El cambio es de sumo interés. En esta nueva versión, se pierde el paralelismo de sus versos originales con los supuestos de Lucrecio. Si a Borges hubieran acudido los versos inexistentes del poeta romano en el momento primero de la composición de los suyos, ¿los habría modificado posteriormente? Mi respuesta sería negativa para un procedimiento poético que –¡valga la locura!– nunca sucedió, porque Lucrecio jamás escribió esos versos. A menos que Borges, sonriendo con Lida, hubiera deseado añadir un nuevo guiño a la broma con la modificación posterior.

Lida, en cambio, sostuvo hasta el final de sus días el registro original de Borges. Gabriela Marrón se dedicó, una vez más, a revisar las citas de los versos de Borges, volviendo a encontrar “hechas de gran llanura y mayor cielo”, que María Rosa había remontado hasta Lucrecio. Ese verso reaparecía, diez años después, en la dedicatoria de su trabajo mayor, *La Originalidad Artística de “La Celestina”*, donde asienta:

*A mi amiga, Francisca Chica Salas y a esas calles de Buenos Aires, “hechas de gran llanura y mayor cielo”, por las que discutimos, hace ya tantos años, la belleza actual de ‘La Celestina’.*<sup>18</sup>

¿La reinscripción de ese verso, en 1962, tuvo como objetivo remitir a la broma de aquel trabajo de 1952?  
¿Y fue Chica Salas cómplice secreta de aquel y de este juego?

Después de todas estas razones de la sinrazón, a las que se sumaba este último dato, recuperación de insondables evocaciones personales de Lida,<sup>19</sup> no había resuelto el problema sobre su magistral invento. Consulté, entonces, a colegas para mí muy próximos en afecto e intelectualmente muy confiables: Juan Lorenzo Lorenzo, Francisco García Jurado, Aníbal A. Biglieri y Alfredo Fraschini.<sup>20</sup> Cada uno de ellos, después de la sorpresa inicial, fue acercándose, por medio de distintos correos electrónicos, distintas hipótesis sobre la problemática cita.

Reproduciré tan solo las notas más sustanciales de sus comentarios. Juan Lorenzo consideró espurios los versos citados por María Rosa Lida. A continuación, especulaba que Lida quizás los había encontrado en alguna antología o edición “imaginada” e inexistente. Es interesante la idea de que María Rosa hubiera consultado una publicación de tales características. Sabemos que la consulta de antologías, no siempre fiables, ha sido –y, probablemente, lo sigue siendo– una práctica bastante usual, sobre todo en tiempos en que las ediciones de determinados autores no se conseguían con facilidad ni internet ponía a disposición, gratuitamente, como sucede en la actualidad, una enorme cantidad de textos, desconocidos hasta hace 40 años. No es el caso de Lucrecio; sin embargo, la sugerencia de Juan Lorenzo no es para descartar.

Aníbal A. Biglieri se dedicó a consultar las numerosas ediciones de Lucrecio que existen en la biblioteca de su universidad, se detuvo en la de Gilbert Wakefield (1823), sin haber encontrado en sus profusos comentarios nada que pudiera resolver el problema. Y cierra su correo: “En otras palabras, mis búsquedas fueron infructuosas. Revisé todo lo que pude de María Rosa Lida, pero tampoco encontré nada. No sé, realmente, cómo seguir. Me pregunto, por ejemplo, si en números posteriores de *Sur* se habrá publicado alguna nota de María Rosa Lida, corrigiendo o aclarando su error. Y sigo pensando que no me sorprendería si en algún papel todavía inédito de su autoría no habrá alguna referencia a estos versos.” Las pesquisas de Aníbal A. Biglieri fueron en la misma dirección que las mías. El correo que acabo de reproducir me llegó después de que hubiera revisado todos los números posteriores de *Sur*, sin encontrar ningún tipo de rectificación.

No menor fue el tono de sorpresa de Alfredo Fraschini, de cuyo extenso correo electrónico, lleno de consideraciones varias y valiosas, rescato lo siguiente “No sé si ya en 1950 Borges había mentido lo suficiente en la creación de citas inexistentes, como lo hizo en gran parte de su obra, sobre todo en cuentos y ensayos. Si María Rosa advirtió esa tendencia, su cita es una especie de broma-homenaje.” Como se nota, también se inclina por considerar una *boutade* la falsa cita de María Rosa.

Francisco García Jurado, apasionado estudioso de la tradición clásica y de la obra de Borges,<sup>21</sup> admirador de la investigadora argentina, justamente se encontraba escribiendo un trabajo sobre citas filológicas ficticias en los estudios clásicos. Revisó el texto de Lucrecio y notó que “el primer verso supuestamente citado está, además, incompleto, y no parece guardar relación con lo anterior. Creo que, en efecto, como apuntabas, estamos ante una curiosa broma, fruto, seguro, de la complicidad intelectual con Borges y su pasión por la poética creativa de la cita.”

En su siguiente correo, añadió: “He continuado investigando en el artículo de María Rosa Lida sobre las ‘fuentes literarias’ de Borges, simplemente, para comprender por qué una mujer de semejante seriedad se atrevió a ‘crear’ una ‘fuente’ lucreciana para Borges. En realidad, el proceso es el inverso: sobre una imagen poética de Borges se crean *ad hoc* unos versos lucrecianos tan bien hechos, incluido el final de *latioribu’*, que es conmovedor. Como sospechaba, y así lo he confirmado, en 1952, fecha de la publicación de este ensayito en la revista *Sur*, nuestra autora ha publicado también, ahora en la *RPh*, su famosa reseña sobre Curtius y lo que podemos considerar como el exceso de las fuentes. En efecto, el trabajo sobre Borges parodia el método de E. R. Curtius. Así de fácil, o quizá no. En cualquier caso, y con vistas a un trabajo que se me ha encargado para la ilustre *Revista de Occidente* (¡fundada por el insigne Ortega!) sobre las falsas citas y la reinención de la antigüedad, voy a incluir este genial texto inventado, en realidad fruto de la influencia que Borges pudo ejercer sobre Lucrecio (!) y me gustaría referirme a ti al tiempo que hago todo esto, a manera de homenaje. Si no te importa, así lo haré, no sin antes enviarte el texto original para que tú me des, en su caso, el *nihil obstat*.”

Y en un tercer correo apuntó: “Como ya te dije, para mí este artículo solo supondrá la manera de comenzar el estudio de cómo algunas falsificaciones/bromas se legitiman al calor de los discursos académicos ... Por lo demás, en el libro que preparo (y que no sé para cuándo estará) sobre *Teorías de la Tradición Clásica. Conceptos, historia y métodos*, intentaré incorporar aquello que cuentas sobre el trabajo de María Rosa Lida. A bote pronto, creo que tanto el artículo de Dámaso Alonso (“Tradición o poligénesis”), como el de Lida, son dos maneras de cuestionar el entusiasmo topicista de Curtius.”<sup>22</sup>

La primera pesquisa de García Jurado lo llevó hasta el final de la obra de Lucrecio, comprobando que los dos versos apócrifos que, según la cita de Lida, cerraban *De rerum natura* no encajan con el espíritu de los que verdaderamente cierran el libro VI y la obra. Y así era, sin duda, tal como, a primera vista, yo lo había sospechado y comprobado en mi inicial perplejidad. Reproduzco los versos finales del libro VI (1282–1286), colofón de una larga descripción de la peste de Atenas, grandioso cuadro metafórico de la muerte, que cierra, con buscado y acerbo contraste, el ciclo iniciado en el libro I con la generación de la vida:

multa <res> subita et paupertas horrida suasit.  
namque suos consanguineos aliena rogorum  
insuper extracta ingenti clamore locabant  
subdebantque faces, multo cum sanguine saepe  
rixantes, potius quam corpora desererentur.

La necesidad y la pobreza indujeron a variados horrores. Algunos colocaban a sus parientes en piras levantadas para otros, amenazándose a los gritos entre sí, y les prendían fuego, prefiriendo a veces sostener luchas sangrientas, antes que abandonar sus cadáveres.

Como se puede apreciar, ninguna relación con “la honda visión, hecha de gran llanura y mayor cielo”, con que Lida traduce los versos apócrifos de Lucrecio.

Si bien adelanta García Jurado que le parece una broma de Lida, luego se lo nota desconcertado, porque no puede creer que una mujer de su seriedad haya inventado, ni con qué objeto, esos versos. Intenta explicárselo mirando en relación inversa, desde Borges, cuyos versos de “Las calles” la habrían inducido a crear los que los justificaban en Lucrecio. Pero –me pregunto– ¿por qué Lucrecio y no otro

autor de la literatura latina? Sin dudas, esta pregunta no es relevante en el contexto en que García Jurado plantea su solución: el año en que Lida publica su artículo en *Sur* es, también, el de la aparición primera de su extraordinaria reseña del libro de Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, reseña que, desde entonces, se lee como apéndice de este tratado.

Si no entendí mal, el punto de García Jurado sería el siguiente: contaminada por aquella reseña, Lida cuestionaría el entusiasmo topicista de Curtius con un ejemplo práctico: la invención de una falsa fuente para uno de los pasajes del poema de Borges.<sup>23</sup> Ante esta opinión se me ocurrió otra pregunta y la misma: ¿por qué lo hizo con Lucrecio? Quizás, me respondí, porque Lucrecio no era uno de los autores frecuentados-conocidos de todas las épocas –como lo adelanté más arriba– y la artimaña de Lida (si la hubo) consistió en cuestionar a Curtius.<sup>24</sup> Si así hubiera sido, creo que lo hizo con segunda y más solapada intención: la de poner a prueba la suficiencia cultural de la intelectualidad argentina de su tiempo, una humorada, esta última, muy del estilo de Borges. Y, si así fue, ese señuelo, ese encubierto desafío logró trascender las fronteras intelectuales de su país. Evidentemente, los lectores del artículo de Lida *tenebant Vergilium, sed non Lucretium*.

Semejante broma, muy probablemente, no surtió efecto; si lo tuvo, fue cenacular; *id est*, fue decodificada y celebrada por un número selecto de intelectuales de la más refinada o exquisita cultura.<sup>25</sup> Sin embargo, no tengo conocimiento de que Lida hubiera participado de algún cenáculo, integrado por un reducido grupo de intelectuales de su época, como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Macedonio Fernández, Eduardo Mallea y otros cultivados escritores de similar erudición. Si participó de alguno, debe haber sido del que hubiese reunido a eminentes filólogos, agrupados alrededor de Alfonso Reyes, Enrique Anderson Imbert, Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, su maestro en el país, y de Ramón Menéndez Pidal, su maestro en el exterior. ¿Celebraron estos, junto con ella, la invención? Esta clase de juego es propio del espíritu de todo tiempo, muy manifiesto desde los poetas alejandrinos,<sup>26</sup> pero poco frecuente, creo, en críticos literarios. En literatura, tal recurso manifiesta la clase y grado de cultura de quien lo utiliza; también, la clase y grado de cultura de quien lo decodifica o no.

Dos observaciones más, que inclinarían el fiel de la balanza hacia la certeza de la intencionalidad apócrifa en su cita:

1. el número de libro y versos de Lucrecio (el último libro y los versos inmediatamente siguientes a los que auténticamente cierran el poema, VI, 1287 y sig.) evidencian, sin lugar a dudas, la broma, pues hablan del conocimiento preciso de Lida sobre cuál era el número del verso final de *De rerum natura* (VI, 1286). Muy distinto hubiese sido anotar cualquier otro número, como, por ejemplo, uno posterior, 1295 y sig., o uno anterior, 1268 y sig.
2. el hecho de que Lida declare que juzga poco atractivo dedicarse a paralelismos y coincidencias tan obvias, como las que cita de Virgilio y de Lucrecio, y remate que le interesa otra clase de acercamientos-desciframientos de las fuentes de Borges, actúa como un dictamen de vergonzante parálisis para el lector, sobre todo, porque los ejemplos siguientes son más oblicuos y difíciles de detectar, y el investigador debe poseer cultura pareja a la del autor estudiado para descubrirnos sus intencionalmente ocultas referencias.

La frase de cierre: “me interesa otro género de acercamientos”, se convierte en una engeguecedora luz psicológica, que desvía la atención de los pasajes citados –juzgados casi despreciables y de ínfimo valor para un filólogo acendrado–, hacia desafíos, develamientos y comentarios de mayor envergadura. Con ambos recursos, el espejismo, si lo hubo, está consumado. Así de sencillo. O quizás no, porque me devano los sesos, preguntándome si esta mujer, que, en 1962, en carta dirigida a Victoria Ocampo, confiesa haber sufrido, ante su presencia y la de Borges, “afasia instantánea y total” por la “admiración más afectuosa y el sentimiento de mi propia pequeñez”,<sup>27</sup> pudo haberse atrevido, en la seguridad distante de la escritura, a endilgarle dos versos inventados de Lucrecio a dos versos de Borges, en un artículo de 1952, publicado en la más importante revista literaria del momento, dirigida por Ocampo. Cuando escribió esa carta, diez años después de la aparición del trabajo sobre las fuentes literarias de Borges, María Rosa declaraba que todavía se sentía con la pequeñez de una joven adolescente frente a las figuras de dos de los mayores intelectuales de Argentina. Tal declaración ¿era un circunstancial cumplido de cortesía?, porque, si no lo era, ¿cómo nos explicamos su intrepidez para relacionar aquellos versos de Borges con los que inventó de Lucrecio, diez años antes? Si, en cierto momento, llegué a sospechar la

posibilidad de que la cita apócrifa fuera parte de un juego cómplice entre Lida y Borges (también lo creía García Jurado en uno de sus correos), el texto de esta carta terminó por derrumbar mi conjetura. Para que ambos se hubieran animado a construir semejante trampa habría sido necesario que compartieran una relación de intimidad, al menos intelectual, muy estrecha.

Este es, finalmente, el estado de la cuestión, estas son las disquisiciones sobre tan singular cita. A cada momento se me ocurre que –como en un cuento de Borges– alguien ya conoce y ha publicado la solución de esta argucia, que la solución es sencilla, tan sencilla, que, por ello mismo, me ha pasado inadvertida. Cada nueva lectura crítica que he hecho sobre el trabajo de María Rosa me ha puesto en vilo, pues temía encontrarme con el problema resuelto. Seguramente, se espera que, luego del trasiego precedente, proponga alguna irrefutable solución o, al menos, irrefutable teoría. En principio, ningún dato concreto me ha permitido despejar el problema de manera convincente y concluyente. Los versos de Lucrecio no existen, pero los ficticios ‘suenan’ (verbo de lo más apropiado ¡para colmo! en la cita de Lida) lucrecianos, hasta la confusión o la hipnosis. Y, para peor, se adecuan al pasaje de Borges, subrayándolo con tan contundente naturalidad, que a ningún experto en literatura clásica antigua se le hubiera ocurrido dudar –¡y de hecho, no lo hizo!– de su autenticidad. Lida dominaba el latín y el griego (que aprendió sola e impartió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), a la par de otras lenguas, yiddish, alemán, inglés, francés, italiano, portugués y catalán. El azar, tan solo el azar, como sucedió conmigo, dejó al descubierto la ilegítima autoría de esos versos inexistentes, que, si eliminara toda clase de azoro y de especulación intelectual, hubiera valorado, sin más, como lúdico entretenimiento de un círculo docto.

Un dato curioso: en mi revisión de la opulenta reseña-artículo de María Rosa al libro de Curtius, pude comprobar que Lucrecio es un autor de rara frecuencia a lo largo del trabajo. Cuando Lida lo comenta (ed. 1975, 313–14), su cita es impecable; no obstante, es sugestiva la escasa aparición de Lucrecio, no porque tuviera la obligación de citarlo, sino porque en pasajes que se refieren a la naturaleza, tema esencial de la obra del romano, el romano está ausente del recuerdo de Lida. Del mismo modo sucede con la reseña al libro de Highet (quien le dedica a Lucrecio una mayor atención), reseña de menor extensión y casi simultánea a la de Curtius. Dos podrían ser los motivos de tan parca presencia en los tres críticos: 1. parecería que, excepto por algunos contados pasajes, Lucrecio no hubiera sido de los autores preferidos de Lida, quizás por su tema, poco atractivo, hasta hoy, para un tratamiento poético. 2. tanto la obra de Curtius, como la de Highet, tampoco abundan en la referencia y recepción de la obra de Lucrecio y, por ende, ofrecieron exiguo espacio para el repaso y el debate por parte de Lida.

Después de este meandroso trasiego, propiciado por la falsa cita de verso y medio de Lucrecio, solo podemos contentarnos con la perplejidad inicial. Deseo subrayar que no es poco, es el inicio de una fase nueva de investigación filológica. Por ahora, y hasta tanto no aparezca ese verso y medio en algún lugar o alguien los reclame o formule alguna solución incuestionable, la discusión sigue abierta. Si nadie propone una respuesta concluyente, las hipótesis bien fundadas serán bienvenidas.

Para el colofón, un último bandazo, que descubrí cuando ya había cerrado este trabajo. Hasta entonces, tan solo podíamos conjeturar; el hexámetro y medio de Lucrecio no existe en Lucrecio, en el Lucrecio que, desde fines del siglo XIX, nos ha transmitido la filología clásica. Pero, también es cierto que ‘suenan’ inconfundiblemente lucrecianos y conviene a los versos borgeanos que María Rosa había escogido. Mi insatisfacción ante los magros resultados obtenidos (esperaba hallar una nota contundente sobre los apócrifos versos), mi obsesivo proceder en la investigación me llevaron, una vez más, al artículo de Lida. Volví a revisarlo. Examiné las citas restantes, tarea que no había hecho: como un jardín de senderos que se bifurcan, llevan hasta un sinnúmero de autores varios del pasado literario de Oriente y de Occidente, muchos de ellos ignorados por mí. Verifiqué todas esas referencias; son correctas, además de exquisitas y, algunas de ellas, teñidas de velada ironía. Este resultado acentuó, aun más, por contraste, la incorrección de la cita lucreciana. ¿Conoció Lida, en profundidad, la poesía de Lucrecio? –me preguntaba. Entonces, una vez finalizada la revisión, con su vasto repertorio de fuentes, el último aliento del artículo me deparó una última sorpresa, la que, obsesionado por la cita inicial de Lucrecio, no había tomado en cuenta. El trabajo de María Rosa Lida termina preguntándose si es lícito creer en la objetividad impasible del crítico literario, y remata:

Yo lo siento atraído al autor que estudia por admiración y simpatía (que no implican comprensión) y también por la antigua vanidad de arrimarse a beber de fuentes intactas y a coger flores desconocidas.<sup>28</sup>

Hermosa ¿broma? erudita de María Rosa, *mise en abyme* que vuelve a cuestionar todo el análisis precedente sobre la inexistencia de esa cita de Lucrecio y, en particular, sobre el grado de conocimiento que tuvo del monstruoso poema del romano, nueva *mise en abyme* que cuestiona mis prejuicios, sustentados en mi respeto por el criterio de autoridad. Quienes han frecuentado la obra de Lucrecio ya habrán advertido que, en el final de su estudio, Lida se apropia, subrepticamente (o ‘distraídamente’, sin declararlo, jugarreta maestra de su ingenio), de uno de los pasajes más hermosos y significativos de Lucrecio (I, 927–28/IV, 2–3):

Iuuat integros accedere fontis  
atque haurire, iuuatque nouos decerpere flores  
Me gusta descubrir y beber de fuentes intactas y coger flores desconocidas.

Tal maestría merece que cerremos esta ¿infructuosa? indagación con el no menos maravilloso hexámetro que corona *De contemptu mundi* de Bernardo de Morlaix, *stat Roma pristina nomine, nomina nuda tenemus*, cuya renovada memoria clausura *Il Nome della Rosa* de Umberto Eco: *stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*.

## Acknowledgment

This article is in memoriam of Isaías Lerner and Celina Sabor de Cortazar.

## Funding

Este trabajo ha recibido dos subsidios para investigación, otorgados por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, BID OC-AR PICT 2013 / 0405, y la Universidad Nacional del Sur, PGI 24/I227.

## Notas

1. Dos fueron los resultados de ese trabajo de indagación, “Lucrecio y Borges en el encuentro de Borges con Lucrecio”, *Studi Ispanici* 35 (2010): 271–89, y una conferencia, “De Lucrecio a Borges y Estaciones Intermedias”, impartida en las jornadas *Diálogos Culturales*, 6/10/2011, en la Universidad Nacional de La Plata, luego publicada en la revista *Auster* 16 (2011): 25–48. Un último eco, “*Cellarium memoriae*: el cristianismo frente a Lucrecio y Virgilio”, *Euphrosyne* 43 (2015): 82–96.
2. Como ocurre con un momento del poema medieval *Waltharius*, 380–99, cuyo espíritu recrea el del pasaje de Lucr. 3.1053–70.
3. El poema de Borges, “Las calles”, se encuentra en *Fervor de Buenos Aires*, publicado en 1923.
4. Así sucede con el verso de Virgilio, citado por Lida, *nudus in ignota, Palinure, iacebis harena*, que cierra el libro V de la *Eneida*. Su factura evocativa reside en que resume, con precisión, el final de una vida individual (la de Palinuro), el final del ciclo de extravíos de Eneas, su obligación de asumir la conducción del viaje y la anticipación de su destino, según una de las versiones de la historia (al respecto, la maldición de Dido, IV, 620: *sed cadat ante diem mediaque inhumatus harena*), que luego desechará Virgilio.
5. De entre muchos, Marouzeau, Jules. *Traité de stylistique latine*, Paris: Les Belles Lettres, 1946; Herescu, Nicolae, I. *La Poésie Latine. Étude des structures phoniques*, Paris: Les Belles Lettres, 1960; Nougaret, Louis. *Traité de Métrique Latine Classique*, Paris: Klincksieck, 1963; Hellegouarc’h, Joseph. *Le Monosyllabe dans l’hexamètre latin: essai de métrique verbale*, Paris: Klincksieck, 1964; Havelock, Eric A. *The Muse Learns to Write. Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, New Haven: Yale UP, 1986 (cast. *La Musa Aprende a Escribir*, Barcelona: Paidós, 1996); Wills, Jeffrey. *Repetition in Latin Poetry: figures of allusion*, Oxford: Clarendon Press, 1996; Morgan, Llewelyn. *Musa Pedestris. Metre and Meaning in Roman Verse*, Oxford: Oxford UP, 2010.
6. La aparición de *lterioribus* en *De metris*, obra de Terenciano Mauro (ss. II–III) es irrelevante.
7. Sé de esta práctica de María Rosa Lida por uno de sus discípulos, Isaías Lerner, quien fuera mi profesor de Literatura Española en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y por Celina Sabor de Cortazar, quien fuera mi profesora de Literatura Española II en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Sea como fuere, supongo que el recuerdo de sus citas “de memoria” se refería a las citas que hacía en público, en el transcurso de una clase –como también sucede en la actualidad con algunos profesores universitarios–, pero que, cuando se trataba de un trabajo escrito, María Rosa verificaría las fuentes y su correcta inclusión.

8. Me refiero a *Thesaurus Linguae Latinae*, PHI Workplace, 1996; *Bibliotheca Teubneriana Latina 4 (BTL4)*, Turnhout: Brepols, Ed. Saur, K. G., 2006, y a *Patrologiae Cursus Completus. Series Latina*, Ed. Migne, J.-P., 221 vols. Paris, 1844–1865, versión electrónica de Chadwick-Healey, Charles, 1995. Consulté, también, alguna otra, que no se encuentra en estos repertorios, como la de Scipione Capece (1480–1551), *De principiis rerum*, Venezia, Ed. Ricci, Francesco, 1754, disponible en internet.
9. Mi generación, segunda después de la de Lida, escuchó conversaciones en latín, entre 1959 y 1963, de profesores que impartían esa lengua en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Yo mismo, hacia 1977, estando en España, mantuve correspondencia epistolar en latín con uno de ellos, Alberto J. Vaccaro. El fruto de aquella educación de la primera mitad del siglo XX puede vislumbrarse en el trabajo de Lida, Miranda. *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*, Buenos Aires: Eudeba, 2014, trabajo que me sirvió para completar múltiples datos biográficos de María Rosa. En cuanto a su temprana capacidad para escribir en latín, véase su “Parodia catulliana”, *Verbum 75* (1930): 518 (disponible en internet).
10. Me refiero a los monumentales trabajos de Curtius, Ernst, Robert. *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Bern, Ed. Francke, A.: Verlag, A. G., 1948, y de Highet, Gilbert. *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford: Clarendon Press, 1949, que obtuvieron admirables reseñas, sumamente críticas, de María Rosa Lida, en, respectivamente, *Romance Philology* 5.2–3 (1952): 99–131 (con el título “Perduración de la literatura antigua en Occidente”) y (edición muy descuidada) *Nueva Revista de Filología Hispánica* 5.2 (1951): 183–223; ambas reseñas fueron republicadas, con correcciones y agregados, en *La Tradición Clásica en España*, 1975, Barcelona: Ariel, 271–397.
11. En Jorge Luis Borges. *El Aprendizaje del escritor*, Buenos Aires: Sudamericana, Ed. di Giovanni, Norman Thomas, Halpern, Daniel y MacShane, Frank, 2014 (1ª. *Borges on Writing*, New York, Dutton, 1973), 55, ante la pregunta de un estudiante: “Usted cita de muchas fuentes en su obra, de muchas lenguas de todo el mundo. Una pregunta que tengo –espero que no sea descortés– es si tales citas son reales o inventadas”, Borges respondió: “Algunas, lamento decirlo, son reales. Pero no todas”.
12. Con respecto a la Antigüedad clásica latina y hasta el Renacimiento, véase mi trabajo, “De Lucrecio a Borges y estaciones intermedias”, *Auster*, cit.: 26–34. Para la tradición restante hasta nuestros días, Hadzsits, George Depue. *Lucretius and his Influence*, New York: Longmans, 1935; Johnson, Walter Ralph. *Lucretius and the Modern World*, London: Duckworth, 2000, y Hardie, Philip. *Lucretian Receptions*, Cambridge: Cambridge UP, 2009.
13. Mi agradecimiento al Dr. Aníbal A. Biglieri (University of Kentucky), quien se ocupó de enviarme escaneado el libro de Lafon desde su universidad.
14. En el sentido que describe Dällenbach, Lucien. *Le récit spéculaire. Essai sur la mise en abyme*, Paris: Seuil, 1977. La noción de “reflexividad” es la raíz común de toda *mise en abyme* (reflexividad definida por Foulquié, Paul et Saint Jean, Raymond. *Dictionnaire de la langue philosophique*, Paris: PUF, 1962, 620, como “retour de l’esprit (du récit) sur ses états et sur ses actes”). Dällenbach, 18, proporciona una definición del sintagma: “est mise en abyme toute enclave entretenant une relation de similitude avec l’oeuvre qui la contient”. Este procedimiento se relaciona con el que describe Calinescu, Matei. *Rereading*, New Haven: Yale UP, 1993, 112–13. Su anticipación se encuentra en Quintiliano, X, 1, 20–21: ... [legendus est], sed diligenter ac paene ad scribendi sollicitudinem; nec per partes modo scrutanda omnia, sed perlectus liber utique ex integro resumendus, praecipueque oratio, cuius uirtutes frequenter ex industria quoque occultantur. Saepe enim praeparat, dissimulat, insidiatur orator, eaque in prima parte actionis dicit quae sunt in summa profutura; itaque suo loco minus placent, adhuc nobis quare dicta sint ignorantibus, ideoque erunt cognitiss omnibus repetenda.
15. Bastos, cit., 198, reproduce esta cita, como ejemplo de broma sutil, espíritu que extiende a todo el artículo de Lida. El mismo espíritu advierte Sosnowski, Saúl. “Borges y la Cábala, la búsqueda del verbo”, *Nuevos Aires* 8 (1972): 38. Ninguno de los dos repara sobre los paralelismos de la frase con los textos transcritos por Lida. Volviendo sobre el trabajo que Lida publicara en *Sur*, inicia el suyo Anderson Imbert, Enrique. “Nueva Contribución al Estudio de las Fuentes de Borges”, *Filología. Homenaje a María Rosa Lida De Malkiel*, 1–2 (1962): 7, con una nota de interés para nuestra investigación: “Con sonrisas escribió María Rosa su “Contribución al estudio de las fuentes literarias de Jorge Luis Borges” (*Sur*, 213–14, julio-agosto de 1952). Quizás no le hubieran desagradado estas también sonreídas aunque menos ingeniosas notas mías”. Esperábamos la solución del ardid con los versos lucrecianos; nada de esto sucede.
16. En la p. 51 de su artículo sobre las fuentes literarias de Borges cita tres versos de una obra de Prudencio, el *Peristephanon*, de un himno dedicado a santa Eulalia de Mérida, pero omite asentar los números referidos al himno y a los versos (que repongo: III, 136 ... 138–39). No obstante, remite con exactitud a dos himnos distintos, del mismo autor y del mismo libro, con los números exactos de sus respectivos versos.
17. *Obras Completas I (1923–1949)*, edición crítica de Costa Picazo, Rolando y Zangara Irma, Buenos Aires: Emecé, 2009, 75. Borges ya había producido la modificación señalada; así aparece en *Obras Completas 1923–1972*, Buenos Aires: Emecé, Ed. Frías, Carlos V., 1974, 17.
18. Lida de Malkiel, María Rosa. *La Originalidad Artística de “La Celestina”*, Buenos Aires: Eudeba, 1962. La pequeña modificación (“hechas” por “hecha”) responde a la nueva concordancia sintáctica de la frase.
19. Este fenómeno no solo es individual, sino también colectivo. En su reseña al libro de Highet, María Rosa Lida (1975, 363–65) advierte que nadie sabe por qué cada época toma de la tradición lo que le conviene y enuncia dos principios: el de las circunstancias de su acogida, el estado de ánimo de la época, y el de una búsqueda que conviene

- a sus expectativas, hechos más decisivos que el carácter intrínseco de la tradición. Lida se adelanta a los enunciados sobre *l'horizon d'attente* y la estética de la recepción de Jauss, Hans-Robert. “Littérature Médiévale et Théorie des Genres”, *Poétique* 1 (1970): 80–82 (reed. *Théorie des Genres*, Paris: Seuil, 1986, 37–76), quien considera que los géneros, sujetos a la historia, deben ser vistos como “une continuité où tout ce qui est antérieur s’élargit et se complète par ce qui suit”.
20. Juan Lorenzo: Catedrático Emérito de la Universidad Complutense de Madrid, Filología Latina; Francisco García Jurado: profesor Titular de la Universidad Complutense de Madrid, Filología Latina, acreditado a cátedra; Aníbal A. Biglieri, profesor de Literatura Española Medieval, de la Universidad de Kentucky; Alfredo Frascini, profesor de Literatura Latina de la Universidad de Buenos Aires y Coordinador del Centro de Filología Clásica y Moderna de la Universidad Nacional de Villa María, en Córdoba.
  21. Autor de un exquisito trabajo sobre el argentino y la poética virgiliana: *Borges, autor de la Eneida. Poética del Laberinto*, Madrid: Biblioteca ELR Ediciones, 2006; y artículos varios, como: “Borges como lector e intermediario entre M. Schwob y A. Tabucchi. El Caso de las Vidas Imaginarias y la Historiografía Literaria Latina”, *Variaciones Borges* 18 (2004): 115–35; “Borges y los inicios de la seducción virgiliana. Una hermenéutica de la nostalgia”, *Bulletin of Spanish Studies* 92 (2015): 1–21.
  22. Alonso, Dámaso. “¿Tradición o Poligénesis?”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 39 (1963): 5–26; publicación de la conferencia leída, el 10 de agosto de 1961, en la “Cátedra Menéndez Pelayo”. Reproducido en: Alonso, Dámaso. *Obras Completas* v. 8, Madrid: Gredos, 1986, 707–31.
  23. El trabajo de García Jurado en *Revista de Occidente* confirma su correo. En su artículo-reseña al libro de Curtius, Lida le cuestiona “la exaltación de la tópica o catálogo histórico del lugar común”; véase nota siguiente. Con respecto al pedido del colega español para citar mi hallazgo en su trabajo, la referencia se encuentra al inicio de su artículo, “Reinventar la Antigüedad. Los estudios clásicos a partir del siglo XVIII”, *Revista de Occidente* 410–11, julio–agosto (2015): 113–32.
  24. En su recensión al libro de Curtius, Lida (ed. 1975, 305–06), califica los tópicos como literatura “inerte”, y pone en tela de juicio que hayan construido la literatura europea.
  25. Como se ve en las conversaciones privadas de Borges y Bioy Casares, relación que Bioy Casares registró, publicándolas luego de la muerte de su amigo, en *Borges*, Barcelona: Ediciones Destino, 2006.
  26. Calímaco de Cirene, Filetas de Cos, Euforión de Calcis, Apolonio de Rodas, son algunos de sus representantes, entre los griegos, de la escuela que floreció a fines del siglo IV e inicios del III a C. Entre los romanos, Cornelio Galo, Helvio Cina y la figura sobresaliente de Catulo de Verona en el siglo I a C. Poetas de refinadísima cultura, cuya incidencia produjo obras de significado poco accesible para el común de la gente. Ese movimiento estético fue precursor del barroco (Calderón de la Barca, entre otros) y del llamado parnasio y simbolismo francés; Théophile Gautier, en su poema, “L’Art”, de *Émaux et Camées*, describe los postulados rectores del movimiento, aplicables desde los griegos hasta nuestros días. Vale la pena recordar que Baudelaire dedicó su *Les Fleurs du Mal* a Théophile Gautier.
  27. La parte de la carta que reproduce Lida, Miranda. *Años dorados de la cultura argentina*, cit., 158–59, fechada en Berkeley, 27 de abril de 1962, dice así: “Son pocas las veces que he estado junto a Ud. ante todo porque así lo ha querido el Azar que mueve el sol y las estrellas [...] y, por último, porque Ud. (con Jorge Luis Borges) me reducen con su sola presencia a la afasia instantánea y total. Ante Uds., que me inspiran la admiración más afectuosa y el sentimiento de propia pequeñez, vuelvo a reaccionar como en la adolescencia”. En el trabajo donde se encuentra la cita apócrifa que nos desvela (p. 52), María Rosa confirma ese respeto reverencial; le pide perdón a Borges por reprocharle que una de sus imitaciones, en “El general Quiroga va en coche al muere”, está por debajo del modelo imitado, Almoqtádir el Magrebi: “Aquí (perdone Borges) la imitación ha quedado muy por debajo del modelo”. A continuación, Lida expone sus razones.
  28. Ese final de María Rosa Lida es recogido por Anderson Imbert, Enrique. *Métodos de Crítica Literaria*, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1969, 145, a quien solo le importa el debate entre subjetividad y objetividad del crítico literario, sin reparar ni comentar la procedencia lucreciana de la frase. Ese final también es reproducido por Lafón en su antes citado libro (*Borges ou la réécriture* 117), quien tampoco advierte la procedencia lucreciana con que Lida cierra su trabajo.

## Obras citadas

- Alonso, Dámaso. “¿Tradición o Poligénesis?”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 39 (1963): 5–26. (Reed: Alonso, Dámaso. *Obras Completas* v. 8, Madrid: Gredos, 1986, 707–31.) Impreso.
- Anderson Imbert, Enrique. “Nueva Contribución al Estudio de las Fuentes de Borges.” *Filología: Homenaje a María Rosa Lida De Malkiel* 1–2 (1962): 7–13. Impreso.
- Anderson Imbert, Enrique. *Métodos de Crítica Literaria*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1969. Impreso.
- Bastos, María Luisa. *Borges ante la Crítica Argentina, 1923–1960*. Buenos Aires: Hispamérica, 1974. Impreso.
- Bibliotheca Teubneriana Latina* 4 (BTL4). Turnhout: Brepols, Ed. Saur, K. G., 2006. Impreso.
- Bioy Casares, Adolfo. *Borges*. Barcelona: Ediciones Destino, 2006. Impreso.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas 1923–1972*. Ed. Carlos V. Frías. Buenos Aires: Emecé, 1974. Impreso.

- . *Obras Completas I (1923–1949)*. Ed. crítica de Rolando Costa Picazo y Irma Zangara. Buenos Aires: Emecé, 2009. Impreso.
- . *El Aprendizaje del escritor*. Ed. Norman Thomas Di Giovanni, Daniel Halpern, y Frank MacShane. Buenos Aires: Sudamericana, 2014. (1ª: *Borges on Writing*. New York: Dutton, 1973.) Impreso.
- Calinescu, Matei. *Rereading*. New Haven: Yale UP, 1993. Impreso.
- Curtius, Ernst, Robert. *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Bern, Ed. Francke, A.: Verlag, A. G., 1948 (cast. *Literatura Europea y Edad Media Latina*, México: FCE, 1955, 2 vols.). Impreso.
- Dällenbach, Lucien. *Le récit spéculaire. Essai sur la mise en abyme*. Paris: Seuil, 1977. Impreso.
- Florio, Rubén. “Lucrecio y Borges en el encuentro de Borges con Lucrecio.” *Studi Ispanici* 35 (2010): 271–89. Impreso.
- . “De Lucrecio a Borges y Estaciones Intermedias.” *Auster* 16 (2011): 25–48. Impreso.
- . “Cellarium memoriae: el cristianismo frente a Lucrecio y Virgilio.” *Euprosyne* 43 (2015): 82–96. Impreso.
- Foulquié, Paul, et Raymond Saint Jean. *Dictionnaire de la langue philosophique*. Paris: PUF, 1962. Impreso.
- García Jurado, Francisco. *Borges, autor de la Eneida. Poética del Laberinto*. Madrid: Biblioteca ELR Ediciones, 2006. Impreso.
- . “Borges como lector e intermediario entre M. Schwob y A. Tabucchi. El Caso de las Vidas Imaginarias y la Historiografía Literaria Latina.” *Variaciones Borges* 18 (2004): 115–35. Impreso.
- . “Reinventar la Antigüedad: Los estudios clásicos a partir del siglo XVIII.” *Revista de Occidente* 410–11 (2015): 113–32. Impreso.
- . “Borges y los inicios de la seducción virgiliana: Una hermenéutica de la nostalgia.” *Bulletin of Spanish Studies* 92 (2015): 1–21. Impreso.
- Hadzsits, George Depue. *Lucretius and His Influence*. New York: Longmans, 1935. Impreso.
- Hardie, Philip. *Lucretian Receptions*. Cambridge: Cambridge UP, 2009. Impreso.
- Havelock, Eric A. *The Muse Learns to Write: Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*. New Haven: Yale UP, 1986 (cast. *La Musa Aprende a Escribir*, Barcelona: Paidós, 1996). Impreso.
- Hellegouarc’h, Joseph. *Le Monosyllabe dans l’hexamètre latin: essai de métrique verbale*. Paris: Klincksieck, 1964. Impreso.
- Herescu, Nicolae, I. *La Poésie Latine : Étude des structures phoniques*. Paris: Les Belles Lettres, 1960. Impreso.
- Highet, Gilbert. *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*. Oxford: Clarendon P, 1949. Impreso.
- Jauss, Hans-Robert. “Littérature Médiévale et Théorie des Genres.” *Poétique* 1 (1970): 79–101 (reed. *Théorie des Genres*, Paris: Seuil, 1986, 37–76). Impreso.
- Johnson, Walter Ralph. *Lucretius and the Modern World*. London: Duckworth, 2000. Impreso.
- Lafon, Michel. *Borges ou la réécriture*. Paris, Seuil, 1990. Impreso.
- Lida, Miranda. *Años dorados de la cultura argentina: Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*. Buenos Aires: Eudeba, 2014. Impreso.
- Lida de Malkiel, María Rosa. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 5.2 (1951): 183–223. Impreso.
- . “Contribución al Estudio de las Fuentes Literarias de Jorge Luis Borges.” *Sur* 213–214 (1952): 50–57. Impreso.
- . *Romance Philology* 5.2–3 (1952): 99–131. Impreso.
- . *La Originalidad Artística de “La Celestina”*. Buenos Aires: Eudeba, 1962. Impreso.
- . *La Tradición Clásica en España*, 1975. Barcelona: Ariel. 271–397. Impreso.
- Marouzeau, Jules. *Traité de stylistique latine*. Paris: Les Belles Lettres, 1946. Impreso.
- Morgan, Llewelyn. *Musa Pedestrus. Metre and Meaning in Roman Verse*. Oxford: Oxford UP, 2010. Impreso.
- Nougaret, Louis. *Traité de Métrique Latine Classique*. Paris: Klincksieck, 1963. Impreso.
- Patrologiae Cursus Completus. Series Latina*. Ed. Migne, J.-P. 221 vols. Paris, 1844–1865. Impreso.
- Quintiliano. *Institutiones Oratoriae libri XII*. Ed. Michael Winterbottom., Oxford: Clarendon P. 1970. Impreso.
- Robin, L., et E. Meillet. *Lucrèce. De Rerum Natura. Commentaire Exégétique et Critique*. Paris: Les Belles Lettres, 1962<sup>2</sup> (1ª. 1925), 3 vols. Impreso.
- Scipione, Capece. *De principiis rerum*. Venezia, Ed. Ricci, Francesco, 1754. Impreso.
- Sosnowski, Saúl. “Borges y la Cábala, la búsqueda del verbo.” *Nuevos Aires* 8 (1972): 37–47. Impreso.
- Titi Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex*. 3 vols. Ed. Cyril Bailey. Oxford: Oxford UP, 1947. Impreso.
- Thesaurus Linguae Latinae* (PHI CD #5.3) PHI Workplace, Packard Humanities Institute: Los Altos, 1996. Impreso.
- Wills, Jeffrey. *Repetition in Latin Poetry: Figures of Allusion*. Oxford: Clarendon P, 1996. Impreso.